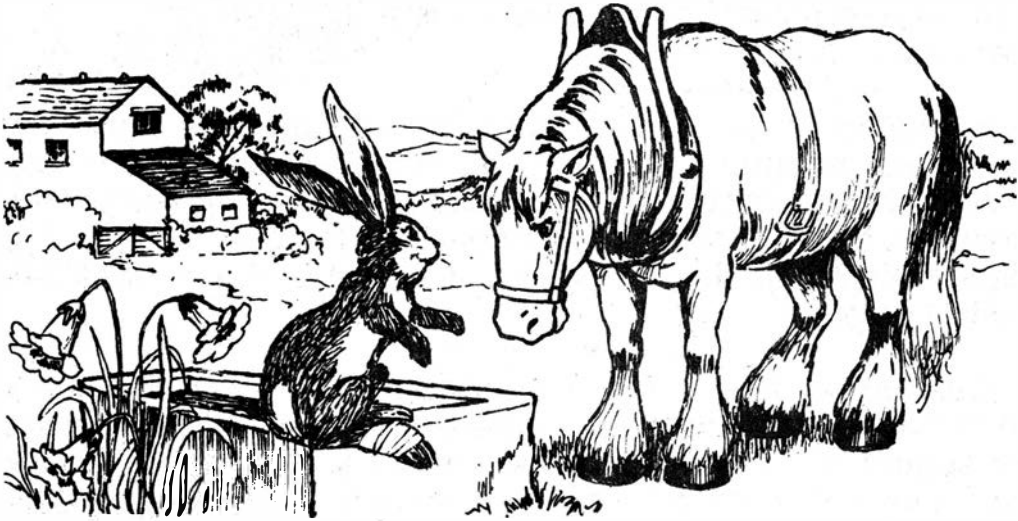


# La liebre con muchos amigos

(Cuento)



Nadie había llamado jamás vanidosa a la liebre. Pero tantos animales le habían dicho que era la mejor amiga que tenían, que no se le podía culpar por sentirse un poco orgullosa de sí misma.

Una alegre mañana de sol, la liebre decidió visitar a sus hijos. Salió temprano y atravesó, dando saltos, los bosques. Cuando iba a medio camino, de pronto, le cayó encima una rama y le magulló una de las patas traseras.

La magulladura no era grave, pero había una buena razón para preocuparse. Al día siguiente, la gente del pueblo vendría a cazar a los bosques. Para poder escapar de los perros, la liebre tendría que correr más que nunca. Avanzó renqueando algunos pasos, pero pronto comprendió que no llegaría muy lejos. Se rascó, pensativa, la oreja. Luego se tranquilizó exclamando:

—¿Por qué ha de preocuparse por tan poca cosa alguien con tantos amigos como yo? Eso es una tontería. Tengo excelentes amigos y todos me ayudarán gustosos a salir del apuro.

Se enderezó de inmediato y fue renqueando hasta un pastizal donde encontró a su buen amigo el caballo.

—Buenos días, hermano caballo —dijo—. Estoy en dificultades. Mañana, como sabes, es el día de la cacería y con la magulladura que tengo en esta pata no podré llegar muy lejos. ¿Me dejarías montar sobre tu lomo?

—Ya sabes que lo haría gustosamente —respondió el caballo—. Desafortunadamente tengo que trabajar durante todo el día para mi amo. De todos modos, alguien con tantos amigos no tiene por qué preocuparse. Estoy seguro que recibirás ayuda, mucha ayuda.

La liebre siguió su camino. La pata le dolía mucho y le alegró encontrarse con el toro. Sin detenerse a tomar aliento, le contó su problema.

Con tus filosos cuernos —le dijo al toro— podrás mantener a raya a toda una jauría de sabuesos y, además, ahuyentar a los cazadores.

—Sí, pero... eso va a ser difícil —respondió el toro—. Por desgracia, he prometido a un amigo que visitaría mañana a su familia. Pero no te preocupes, en días pasados vi a tu amiga la cabra y me preguntó por ti. Estoy seguro que ella se alegrará de ayudarte.

La liebre necesitó largo tiempo para encontrar a la cabra. Finalmente lo consiguió y le repitió su historia.

—Ya sabes la estima que te tengo —dijo la cabra—. Yo haría cualquier cosa por una amiga como tú. Pero me siento tan mal que te sería completamente inútil. No sé qué me habrá pasado. Quizás se deba a algo que he comido y me ha caído mal.

Esa misma tarde la liebre visitó al asno, a su viejo amigo el buey, a su comadre la danta, al puerco espín y hasta a un oso al que le había salvado la vida en cierta ocasión. Todos se mostraron ansiosos de ayudarla, pero daba la casualidad de que todos estaban muy atareados.

A duras penas, la liebre pudo volver a su casa, renqueando penosamente. Y de inmediato reunió a su alrededor a los veinte hijos que aún vivían con ella. Había descubierto una verdad tan grande y tan amarga, que sentía la necesidad de compartirla con su familia.

—Si quieren saber qué clase de amigos tienen, pídanles un favor —les dijo—. ¡Entonces lo sabrán!

